

LAS GACHAS  
DE LA  
CONDESA BERTA

POR  
ALEJANDRO DUMAS

ILUSTRACIONES DE BERTALL

VERSION ESPAÑOLA

POR  
D. MARIANO URRABIETA



PARIS  
LIBRERIA DE C. BOURET  
23, CALLE VISCONTI, 23

MEXICO  
LIBRERIA DE C. BOURET  
18, CALLE SAN JOSE EL REAL, 18

1880

Propiedad del editor.

LAS GACHAS  
DE LA CONDESSA BERTA



# PRÓLOGO

Principiaré por deciros, niños míos, que he corrido bastante mundo y que aprovechando mis viajes quizás escriba un día otro *Robinson*, que ciertamente no será comparable al de Daniel Defoe; pero que de seguro igualará a los muchos que después se han hecho.

Ahora bien, en uno de esos mil viajes a que aludo, navegaba yo en un vapor subiendo el viejo Rin, como le llaman los alemanes, muy entretenido con mi mapa y mi guía que me señalaba los pintorescos castillos cuyas almenas ha desmoronado el tiempo y arrojado al río, según la expresión de un poeta con cuya amistad me honro. Cada una de las ruinas me contaba pues, su pasado más o menos poético, cuando con gran sorpresa vi un castillo que no constaba en el mapa, y entonces tuve que apelar como ya me había sucedido más de una vez desde Colonia, a los conocimientos de un tal M. Taschemburch, nacido en 1811, o sea el mismo año que aquel pobre rey que nunca vio su reino. Era un hombrecillo que representaba muy bien un cuadrilongo, relleno de versos y de prosa que recitaba sin hacerse de rogar al que se lo pedía; y le pregunté noticias de aquel castillo desconocido. Después de haberlo pensado un instante, me respondió:

— Es el castillo de Wittsgaw.

— Se puede saber a quién pertenecía?

— ¿Por qué no? Perteneció a la familia de los Rosemberg y como cayera en ruinas allá por el siglo XIII, fue reconstruido por el conde Osmondo y su esposa la condesa Berta. Por cierto que su construcción dio origen a una tradición muy singular.

— ¿Cuál es?

— Creo que no os divertiría; parece un cuento de niños.

— Os engañáis completamente M. Taschemburch, si creéis que no me interesaría la leyenda porque es un cuento de niños. Mirad esta obrita.

Y saqué del bolsillo un tomito perfectamente encuadernado para enseñársele, tomito que contenía *la Caperucita encarnada y el Pájaro azul*.

— ¿Qué decís de estos cuentos?

— Digo que son lisa y llanamente obras maestras, respondió con mucha gravedad el personaje.

— Pues en ese caso no tendréis ya dificultades para contarme la leyenda.

— No, porque creo la oirá una persona digna de apreciarla.

— Ante todo sabréis que en un cuento de hadas suponiendo que la leyenda sea un cuento de hadas o cosa semejante.....

— Lo es.

— Pues bien en tales cuentos el título importa mucho, y si no aquí están estos que no pueden ser más bonitos: *la Caperucita encarnada y el Pájaro azul*.

— No es menos interesante el título de mi leyenda.

— Veamos.

— *Las Gachas de la condesa Berta*.

— Querido M. Taschemburch, ya me estoy relamiendo los labios.

— Corriente, escuchadme.

— Escucho.

Y comenzó de esta manera.

# LAS GACHAS DE LA CONDESA BERTA

## *Que trata de la condesa Berta.*

En aquellos tiempos andaba por el mundo un valeroso caballero llamado Osmondo de Rosemberg que se casó con una hermosa joven llamada Berta.

Ciertamente la joven Berta no estaba al nivel de las señoronas de nuestros días aunque fuese tan noble como la que más, pues sólo hablaba el alemán rancio, no cantaba en italiano, no leía el inglés ni bailaba el galop, el wals o la polka, si bien en cambio era afable, bondadosa, caritativa y cuidaba mucho de que nada pudiera empañar el espejo de su fama. Cuando recorría los pueblos de su territorio, no en una elegante carretela luciendo un melindroso perrito faldero, sino a pie con la bolsa de las limosnas en la mano, un *Dios os lo pague* pronunciado por la voz agradecida del anciano, de la viuda o del huérfano, resonaba más suave a su oído que la deliciosa balada del célebre Minnesinger, balada que sin embargo solían pagar con una moneda de oro los mismos que negaban una monedilla de cobre al infeliz que pedía socorro medio desnudo y tiritando de frío en el camino con el sombrero en la mano.

## *Los Cobolds.*

Así era que las bendiciones de toda la comarca caían como un rocío de felicidad sobre Berta y su esposo. Sus campos se cubrían de dorados trigos, las cepas de sus viñas se cargaban de enormes racimos y si algún nubarrón preñado de granizo avanzaba sobre su vivienda, un soplo invisible hacia que se corriera hasta el castillo de algún hombre malvado y allí estallaba haciendo destrozos. ¿Quién empujaba así al negro nubarrón y quién preservaba del granizo a las tierras del conde Osmondo y de la condesa Berta? Os lo diré seguidamente.

Eran los enanos del castillo.

Debo advertiros, niños míos, que en épocas ya remotas existía en Alemania una raza de genios menudos, que desgraciadamente desapareció, y de los cuales el mayor apenas llegaba a seis pulgadas: llamábanse Cobolds.

Aquellos seres pequeños y tan antiguos como el mundo, se complacían principalmente en los castillos cuyos dueños eran tan bondadosos como ellos; aborrecían a los malvados, los castigaban con pequeñeces proporcionadas a su menguada estatura, en tanto que por el contrario protegían con todo su poder, el cual se extendía a todos los elementos, a los que miraban con simpatía por afinidad de naturaleza, y he ahí por qué los enanillos que desde tiempo inmemorial habitaban el castillo de Wittsgaw, después de haber conocido a sus padres, abuelos y demás antepasados, querían particularmente al conde Osmondo y a la condesa Berta; y soplaban lejos de sus tierras a los nubarrones preñados de granizo.

El castillo antiguo. Un día Berta dijo a su esposo:

«Señor y dueño, vuestro castillo es tan viejo ya que amenaza ruina, es imposible vivir con seguridad en una mansión como esta, y salvo vuestro parecer, creo que convendría

edificarnos otra.

— El mismo deseo tengo yo, respondió el caballero; pero una cosa me detiene.

— ¿Cuál es?

— Aunque no los hayamos visto nunca, sin duda habréis oído hablar de los Cobolds que habitan en los cimientos de nuestro castillo. Mi padre oyó decir a su abuelo, que lo sabía por uno de sus antepasados que esos geniecillos eran la bendición de la casa: quizás tienen en ella sus costumbres y si los molestamos tal vez nos abandonen y se lleven consigo la felicidad de que disfrutamos.

Berta aprobó estas palabras que rebosaban tanta cordura y su esposo y ella se decidieron a continuar habitando el castillo que amenazaba ruina sólo por no molestar a los bondadosos geniecillos.

### *La embajada.*

La noche siguiente estaban acostados el conde Osmondo y la condesa Berta en su cama monumental con dosel sostenido por cuatro columnas estriadas, cuando oyeron un ruido como de numerosas y diminutas pisadas que se acercaban viniendo de la sala principal. Al mismo tiempo se abrió la puerta de la alcoba y se llegó a ellos una embajada de los enanillos de que hemos hablado antes. El embajador que venía a la cabeza estaba lujosamente vestido y muy a la moda, capa de pieles, justillo de terciopelo, pantalón ceñido y zapatos muy puntiagudos. Pendía de su cinturón una espada de fino acero cuya guarnición se componía de un solo diamante. Muy respetuoso se quitó su gorrita cargada de plumas y acercándose al lecho de los dos esposos que le contemplaban con sorpresa, les dirigió estas palabras:

Nosotros nos llega la noticia  
De que animados por feliz destino  
Habéis formado el decidido empeño  
De edificar de nuevo este castillo.  
La idea es excelente, porque en suma,  
El tiempo ha carcomido hasta las piedras  
Y cae sobre vosotros fría lluvia  
Que sus abiertos muros atraviesa.  
Abajo, abajo el vetusto castillo  
Y salga de su ruina otro más bello;  
Pero que habite la morada nueva  
La antigua y gran virtud de los abuelos.

La sorpresa del conde Osmondo era tal que no pudo responder a estas palabras sino con un ademán amistoso; pero el embajador se contentó con esto y se retiró después de haber

saludado a los esposos ceremoniosamente. Al otro día se despertaron muy satisfechos el conde y la condesa: estaba vencida la gran dificultad y fortalecidos con el consentimiento de los enanos. Osmondo llamó a un buen arquitecto, quien el mismo día condenó al castillo a demolición completa, y destinó una parte de sus hombres a la obra, en tanto que otros sacaban piedras de las canteras y cortaban árboles para convertirlos en vigas y maderos. En menos de un mes desapareció el ruinoso castillo y como el nuevo no podría estar hecho sino al cabo de tres años, según los cálculos del arquitecto, el conde y la condesa hubieron de instalarse en una de las granjas que poseían, y fue la más inmediata al lugar de las obras.

### *Las gachas con miel.*

Se trabajaba de firme, los albañiles de día y los enanillos por la noche. En un principio los albañiles se quedaron atónitos al ver que cada mañana cuando acudían a su tarea se había adelantado él solo el trabajo de la víspera. Hablaron de ello al arquitecto quien se lo dijo al conde y este confesó que sin estar seguro, creía no obstante que eran sus amiguitos los cuales sabiendo cuan deseoso estaba él de ver levantado el nuevo castillo se entregaban a aquella ocupación nocturna. Con efecto, una mañana encontraron en los andamios un carrentoncillo que cabía en la palma de la mano, pero tan bien hecho de madera de ébano con las juntas de plata que parecía un juguete destinado a algún hijo de rey. El albañil que le encontró se le enseñó a sus compañeros y por la tarde se lo llevó a su casa para que jugara su niño; pero en el instante en que la criatura le quiso echar mano, el carrentoncillo echó a rodar solo y se largó por la puerta con tal rapidez que por más que corrió el pobre albañil no pudo alcanzarle. Y entre tanto oía unas carcajadas muy agudas, estridentes y prolongadas, a pesar de su poca fuerza: eran los Cobolds que le hacían burla.

Por lo demás no le desagradaba que los enanillos se hubiesen encargado de una buena parte de la tarea, pues en otro caso ni al cabo de seis años se habrían concluido las obras. Verdad es que esto habría hecho el tiempo justo del arquitecto; porque estos señores tienen la costumbre de equivocarse en esa proporción, y Dios os guarde, niños míos, de tenerlo que comprobar con la experiencia.

Sea como quiera, a fines del tercer año, por los días en que la golondrina se despide de nuestras ventanas para volar a climas más benignos; por los días en que los demás pájaros que se quedan en nuestras frías comarcas parecen más tristes y menos numerosos, el nuevo castillo comenzó a tomar forma, aunque sin embargo, le faltaba mucho aún para estar concluido. Viéndolo así ya la condesa Berta, reunió a los operarios y les dijo con su afable acento:

«Vamos a ver, buenos trabajadores, ¿no podríais hacer un pequeño esfuerzo? El invierno llama a nuestras puertas y el conde y yo estamos tan mal en la granja que desearíamos abandonarla cuanto antes para habitar el hermoso castillo que estáis edificando. Así pues, si queréis despacharos, de modo que nos podamos instalar dentro de un mes, yo os prometo para el día en que podáis poner un ramillete en el remate unas gachas con miel como nunca las habéis probado; y además, os juro que cada año el mismo día vosotros, vuestros hijos y vuestros nietos recibiréis igual regalo de mí mientras yo viva y luego de mis hijos y de mis nietos.»

En la edad media no era de desdeñar este convite a comer unas gachas con miel, pues significaba un festín opíparo. Se decía: «Venid a comer a casa unas gachas con miel»; como hoy se dice: «Venid a comer la sopa conmigo»: en ambos casos se sobrentiende que hay comida, con la diferencia de que las gachas se servían al fin, en tanto que la sopa, se sirve por el contrario, cuando se sientan los convidados a la mesa.

Así fue que los trabajadores se alentaron mucho más con la promesa, hicieran el esfuerzo y adelantaron con tal rapidez que el 1º de octubre estaba concluido el castillo de Wittsgaw.

La condesa Berta, fiel a su promesa, mandó disponer para todos los trabajadores una espléndida comida que por lo numerosos que eran los convidados fue preciso servir al aire libre.

A primera hora el tiempo estaba hermoso y nadie pensó en el inconveniente de comer a campó raso; pero justamente cuando servían en cincuenta enormes peroles las gachas con miel casi hirviendo, empezaron a caer en todos los platos gruesos copos de nieve.

Este incidente desgraciado en lo más notable de la comida, incomodó tanto a la condesa Berta, que hubo de resolver que en lo sucesivo se elegiría el mes de las rosas para celebrar el festín, y por consiguiente el aniversario conmemorativo en el que se comerían las gachas con miel se fijó en el primer día del mes de mayo.

A mayor abundamiento Berta aseguró la fundación de la piadosa y solemne costumbre por medio de un acto en cuya virtud se obligaba y obligaba a sus descendientes y sucesores en el castillo, a dar el 1º de mayo de cada año unas gachas con miel a sus vasallos, declarando que no tendría reposo en la sepultura si no se observaba puntualmente esta institución.

Un notario escribió el documento en pergamino, lo firmó la condesa, lo selló el conde y se depositó en los archivos de la familia.

### ***La aparición.***

Durante veinte años la condesa Berta presidió con la misma bondad e igual magnificencia la comida que había fundado; pero al año veinte y uno murió en olor de santidad y la bajaron al panteón de sus antepasados, llorada por su esposo y por todos los habitantes de la comarca. Dos años después falleció también el conde Osmondo habiendo observado religiosamente la costumbre fundada por su mujer, y el único sucesor de la familia fue su hijo el conde Ulrico de Rosemberg, quien habiendo heredado el valor de Osmondo y las virtudes de Berta, hizo cuanto le fue posible para mejorar la suerte de sus vasallos.

Mas de repente se declaró una terrible guerra y muchos batallones enemigos que subieron el Rin, se apoderaron sucesivamente de los castillos edificados a orillas del río: venían del fondo de la Alemania y era el emperador que hacia la guerra a los Burgraves.

Ulrico no podía resistir; sin embargo como era un caballero muy valeroso, se habría sepultado valerosamente bajo las ruinas de su castillo si no hubiese pensado en las desgracias que una desesperada resistencia habría podido sembrar en el país. Por interés de sus vasallos se retiró al interior de la Alsacia dejando a su mayordomo el anciano Fritz encargado de cuidar de las tierras que iban a estar en manos enemigas.

El general que mandaba las tropas destinadas a aquel punto, llamado Dominio, se



hospedó en el castillo que le pareció muy a su gusto y acantonó a sus soldados en las inmediaciones.

Era Dominik un hombre de baja ralea que había comenzado por soldado raso y que gracias al favor del soberano, más que a su valor y mérito, había ascendido al rango de general.

Os digo esto, niños míos, no porque creáis que ataco a los que salen de la nada; muy al contrario, hago de ellos mucho caso cuando han merecido su fortuna; pero tengo que distinguir dos clases de oficiales, los meritorios y los favorecidos.

Ahora bien, el general pertenecía a la última clase y era un personaje tan grosero como brutal: acostumbrado al pan de munición y al agua de la fuente, quería desquitarse con los manjares más delicados y los más ricos vinos y daba los restos de sus opíparos festines a los perros y no a los hombres que le rodeaban.

Así fue que desde el primer día de su llegada al castillo, llamó al anciano Fritz y le entregó una lista de las contribuciones que pensaba sacar del país, una lista tan exagerada, que el mayordomo cayó a sus pies suplicándole tuviera compasión de los pobres aldeanos. Mas por toda respuesta el general le dijo que la cosa más desagradable del mundo para él era oír lamentos y que a la primera reclamación que llegara a sus oídos doblaría las contribuciones. Como el general tenía la fuerza y era el vencedor, fue preciso someterse.

Conocido el carácter de Dominik no hay para qué decir cómo recibiría al mayordomo cuando le habló de la fundación de la condesa Berta. El general se echó a reír desdeñosamente y respondió que los vasallos habían nacido para mantener a sus señores y no eran los señores los que debían dar de comer a los vasallos, por lo cual aconsejaba a los convidados ordinarios de la condesa Berta que fuesen a comer el 1º de mayo adonde lo tuvieran por conveniente, excepto en su casa.

Por la primera vez hacia un cuarto de siglo pasó pues, aquel día solemne sin que se reunieran en torno de la mesa hospitalaria los alegres vasallos del dominio de Rosemberg; pero nadie se atrevió a reclamar porque el terror que inspiraba Dominik era muy grande. Por lo demás Fritz había cumplido con sus órdenes y supieron los aldeanos que su nuevo señor no respetaba las antiguas tradiciones.

Dominik cenó con su intemperancia de costumbre, se retiró a su cuarto, después de haber puesto como todas las noches centinelas en los corredores y en las puertas del castillo y se durmió profundamente.

Por extraordinario se despertó en medio de la noche y tanto lo extrañó que se figuró viéndose despierto que era ya día claro; pero se engañaba pues fijándose en las rendijas del postigo pudo descubrir que brillaban las estrellas en el cielo.

Y entre tanto pasaba en él algo inusitado: era como un terror indefinible, el presentimiento de una cosa sobrenatural que iba a suceder. Parecíale que en su derredor se agitaba el aire como batido por las alas de los espíritus nocturnos; su perro favorito atado en el patio debajo de su ventana aulló tristemente y al oírle sintió el general que inundaba su frente un sudor frío. En aquel instante comenzaron a resonar sorda y lentamente las campanadas de las doce en el reloj del castillo; a cada una de ellas, el terror de aquel hombre, que sin embargo tenía fama de valeroso, crecía tanto que a la décima no pudo soportar la angustia que le ahogaba é incorporándose en su lecho pensó abrir y llamar al centinela. Mas he aquí que a la última campanada y cuando su pie ya

tocaba al suelo, oyó la puerta, bien cerrada por él mismo, que rechinaba sobre sus goznes y se abría sola como si no hubiese tenido cerradura ni cerrojos; después de lo cual se esparció una luz pálida en el aposento y un paso ligero que sin embargo le hizo estremecer profundamente se dirigió hacia donde él estaba. Por fin a la cabecera de la cama apareció una mujer cubierta con una mortaja blanquísima que traía en una mano una de esas lamparillas que se suelen encender en los sepulcros y en la otra un pergamino escrito, firmado y con un sello. Se acercó lentamente con los ojos fijos y las facciones inmóviles, suelta su cabellera sobre los hombros y cuando estuvo al lado del general aproximó la lámpara al pergamino para alumbrarle bien y dijo estas palabras:

«Haz lo que aquí se manda.»

No apartó la luz del pergamino hasta que Dominio con la mirada extraviada pudo leer el acta que constituía de un modo irrefragable la condición a que no había querido someterse.

Terminada la terrible lectura el silencioso y helado fantasma se retiró como había venido; la puerta se cerró detrás de él, desapareció la luz y el rebelde sucesor del conde Osmondo volvió a caer en su lecho donde permaneció clavado hasta la mañana siguiente, sumergido en una angustia que no podía dominar por más que quería, pues le avergonzaba mucho.

### *El pan de munición y el agua clara*

Con los primeros rayos de la luz del día se disipó la pesadilla, y Dominik saltó de la cama tanto más furioso cuanto que no podía disimularse que había tenido un miedo indecible. Mandó llamar a los centinelas que estaban de guardia a las doce de la noche en los corredores y en las puertas, y los desdichados se presentaron temblando, pues cuando dio aquella hora se sintieron todos acometidos de un invencible sueño y poco rato después se despertaron sin poder calcular el tiempo que habían dormido. Felizmente al encontrarse en la puerta convinieron todos en que habían estado alerta; y como a la verdad los hallaron bien despiertos a la hora del relevo pensaron que nadie había podido notar su olvido de la disciplina. Con efecto, a todas las preguntas del general contestaron que no sabían de qué mujer les hablaba; pero entonces el mayordomo que asistía al interrogatorio declaró a Dominik que no era una mujer sino una sombra quien había venido a visitarle, la sombra de la condesa Berta. Dominik frunció el ceño; mas sin embargo, como esto le hizo impresión, quiso entrar en indagaciones y solo con Fritz supo que la costumbre en cuestión había sido y era obligatoria para la condesa Berta, sus sucesores y los propietarios del castillo, fuesen quienes quisieren, como constaba en un acto hecho ante escribano, acto que estaba en los archivos. Dominik mandó a Fritz que fuese a buscarle y a primera vista el general reconoció el pergamino que le había mostrado la sombra. Hasta entonces Dominik no había conocido semejante documento, pues si había mandado que le presentaran exactamente todos aquellos que constituían obligaciones en su favor, le habían importado poco los que las contenían en sentido contrario.

El acto era auténtico, Dominik le leyó con mucha atención, Fritz le hizo vivas instancias para que no echase en saco roto la advertencia, y sin embargo, el diablo del hombre se empeñó en no tomar en cuenta lo ocurrido y aquel mismo día dispuso para su estado

mayor una comida espléndida.

El terror que Dominik inspiraba era tan grande que a la hora fija, aun cuando las órdenes se habían dado por la mañana, la mesa estaba servida con una suntuosidad maravillosa. Los manjares más delicados, los más exquisitos vinos del Rin, de Francia y de Hungría esperaban a los convidados que se sentaron deshaciéndose en elogios de la magnificencia de su general; mas he aquí que al sentarse este palideció de ira y exclamó con un espantoso juramento:

«¿Quién es el borrico que me ha plantado a mí este pan de munición?»

Con efecto el general se encontró delante un pan del que comen los soldados y que conocía muy bien porque le había comido mucho en su juventud.

Todo el mundo se miró con sorpresa sin comprender que pudiese existir una persona bastante atrevida para dar tal bromazo a un hombre tan orgulloso, vengativo é iracundo como era el general.

«Ven aquí, estúpido, dijo Dominik al criado que estaba detrás de él, y llévate ese pan.»

El criado obedeció con todo el apresuramiento que inspira el temor; pero en vano trató de quitar el pan de la mesa.

«Monseñor, exclamó después de haber hecho muchos esfuerzos inútiles, el pan debe estar clavado aquí, pues no puedo arrancarlo.»

Entonces el general que tenía más fuerzas que cuatro hombres, cogió el pan con las dos manos y trató de levantarlo; mas sucedía que levantaba la mesa con el pan, y a los cinco minutos de forcejear cayó sobre su asiento rendido y sudando.

«Dame de beber, necio, y del mejor vino, exclamó con voz irritada presentando su copa; yo sabré quién me ha preparado el chasco y su autor tendrá la recompensa que merece. Señores, vamos a comer: brindo porque tengáis buen apetito.»

Y se llevó el vaso a los labios; pero al punto escupió lo que tenía en la boca y gritó furioso:

«¿Quién es el bribón que me ha dado ese infame brebaje?»

— He sido yo, Monseñor, respondió temblando el criado que sostenía en la mano la botella.

— ¿Y qué hay en esa botella, imbécil?

— Tokai, monseñor.

— Mientes bellaco, me has dado agua.

— Pues sin duda el vino se ha cambiado en agua al pasar de la botella al vaso de monseñor, dijo el criado, porque acabo de servir a estos señores de la misma botella y ellos podrán atestiguar si es o no vino de tokai.»

El general se volvió hacia sus dos vecinos que confirmaron lo que había dicho el criado.

Entonces Dominik frunció el ceño; comenzó a comprender que la broma era quizás mucho más terrible de lo que se había imaginado en el primer instante, pues había pensado que se la hacían los vivos, en tanto que verosímelmente era cosa de los difuntos.

Queriendo cerciorarse por sí mismo de la verdad, tomó la botella de manos del lacayo y echó un vaso de vino a su vecino de mesa. El vino tenía su color ordinario y parecía topacio líquido; de la misma botella echó luego en su copa y he aquí que a medida que

caía el vino tomaba el color, la transparencia y el gusto del agua.

Dominik comprendió amargamente la doble alusión que se le hacía a su baja extracción y no queriendo tener delante de los ojos aquel pan negro que parecía clavado allí para humillarle, hizo seña a su edecán, joven de la principal nobleza de Alemania para que cambiase con él de puesto en la mesa. El joven obedeció y el general pasó al otro extremo.

Pero no tuvo aquí mejor fortuna: en tanto que el pan, al tocarle el ayudante se desprendía sin dificultad de la mesa y se convertía en pan blanco, todos los pedazos de pan que tomaba Dominik se ponían duros y negros, así como el vino se cambiaba en agua, al contrario de lo que sucedía en las bodas de Caná.

Entonces Dominik perdiendo la paciencia quiso comer algo y alargó la mano hacia una sarta de alondras asadas; pero en el momento en que la tocó, los pajarillos abrieron sus alas, tomaron su vuelo y fueron a caer justo en la boca de los aldeanos que contemplaban de lejos aquel magnífico banquete.

Júzguese si la sorpresa sería agradable. Milagros como estos son muy raros y fue tal el ruido que hizo en el mundo que aun en el día de hoy se dice de un hombre confiado en locas esperanzas: « *Se le figura que le van a caer en la boca las alondras asadas.* »

Sea como quiera, Dominik que tuvo la honra de dar nacimiento a este proverbio estaba furioso; pero viendo que sería inútil entrar en lucha con un poder sobrenatural, declaró que no tenía sed ni hambre y que haría los honores de la comida, la cual fue bastante triste porque no sabían qué cara habían de poner los convidados.

Aquella misma noche anunció Dominik que acababa de recibir una carta del emperador en la que le mandaba trasportar a otro sitio su cuartel general, y como la carta era urgente, al punto se puso en camino.

No necesito advertir que la carta del emperador era un pretexto y que si el ilustre vencedor se largó de aquellos lugares con tanta prisa no fue por respeto a las órdenes de S. M., fue por el temor no sólo de recibir a las doce otra visita de la condesa Berta, sino de tener por comida y bebida pan de munición y agua clara todo el tiempo que permaneciera en aquel maldito castillo.

En cuanto huyó de allí, el mayordomo encontró en un armario donde no había nada el día antes un talego repleto de dinero con un papel pegado en su panza en el que se leía:

«*Para las gachas con miel.*»

Un poquillo se asustó el mayordomo; pero habiendo reconocido la letra de la condesa Berta, se apresuró a emplear el bendito dinero en la comida anual que no por haberse retrasado algunos días este año, dejó de ser suntuosa como de costumbre.

El 1º de mayo ya se sabía, había banquete, y siempre daba el dinero la condesa Berta, hasta que habiéndose retirado los soldados del imperio volvió a habitar el castillo Waldemar de Rosemberg hijo de Ulrico, veinte y cinco años después de la época en que lo había dejado su padre.

### ***Waldemar de Rosemberg.***

No había heredado el conde Waldemar el espíritu benévolo de sus abuelos; quizás su

largo destierro en el extranjero había agriado su carácter. Afortunadamente tenía una esposa que con su bondad y dulzura corregía las asperezas del hombre; por manera que al cabo y al fin los pobres aldeanos esquilados por veinte y cinco años de guerra consideraron como una gran fortuna el regreso del nieto del conde Osmondo.

Más aún: como a pesar del destierro se había perpetuado en la familia la tradición del voto de la condesa Berta, cuando llegó el 1º de mayo, día que los aldeanos, a cada nuevo cambio, esperaban impacientes para juzgar a sus nuevos señores, la condesa Wilhelmina obtuvo permiso de su esposo para dirigir la fiesta. Era una excelente persona esta condesa y por tanto la fiesta fue magnífica y los aldeanos pudieron creer que había vuelto aquella edad de oro del conde Osmondo y de la condesa Berta, de que tan a menudo les hablaron sus padres.

El año siguiente se celebró la fiesta como de costumbre; pero esta vez no asistió a ella el conde Waldemar porque le pareció indigno de un noble sentarse con sus vasallos a comer en la misma mesa. Wilhelmina sola hizo los honores de las gachas con miel y debemos declarar en toda conciencia que no porque faltara el ilustre propietario del castillo dejó de ser alegre la comida, pues los aldeanos sabían ya todos que debían a la bondad de la condesa y al influjo que tenía sobre su marido la felicidad de que disfrutaban.

Dos o tres años trascurrieron así durante los cuales los aldeanos se convencieron más y más de que se necesitaba toda la piadosa bondad de Wilhelmina para suavizar a cada instante los iracundos arrebatos de Waldemar. Su enérgica dulzura se extendía incesantemente como un escudo entre él y sus vasallos; pero desgraciadamente se quedaron muy luego sin su protectora que murió dando a luz un precioso niño a quien pusieron por nombre Hermann.

Sólo un corazón de piedra no habría sentido la pérdida de aquel ángel celeste que los habitantes de la tierra bautizaron con el nombre de Wilhelmina; el conde Waldemar lloró amargamente a su compañera durante muchos días; pero su corazón no era inclinado a la ternura y cuando por casualidad la sentía no era por mucho tiempo. Más pronto que la hierba, brota el olvido sobre las tumbas; y así sucedió que al cabo de seis meses el conde Waldemar había olvidado a Wilhelmina y se casaba en segundas nupcias.

La víctima de este nuevo enlace fue el pobre Hermann, que había entrado en la vida por una puerta colgada de negro y antes de saber lo que es una madre se hallaba sumido en la orfandad. Su madrastra desdeñando los cuidados que exigía un hijo que no era suyo, y que en su calidad de primogénito heredaría los bienes de la familia, le entregó a un ama indiferente que dejaba a la criatura horas enteras sola y llorando en tanto que ella corría a los bailes y a todas las reuniones.

### ***El fantasma de la abuela.***

Una noche que se la pasó la hora paseándose en el jardín del brazo de su jardinero, oyó de repente dar las doce; y recordando que desde las siete de la noche había dejado solo al niño Hermann, echó a correr en la oscuridad, atravesó el patio sin que la vieran, subió la escalera mirando con inquietud en su derredor y tratando de hacer poco ruido con sus pasos y hasta con su aliento; pues a falta de las reconvenciones que no temía de la indiferencia del conde y del odio de la condesa, su conciencia la gritaba que su conducta con la criatura era horrible. Sin embargo, se tranquilizó cuando al aproximarse a la puerta

del cuarto no oyó gritar al niño; era evidente que se había dormido a fuerza de llorar, de modo que más tranquila sacó la llave de su bolsillo, la metió con precaución en la cerradura y dando la vuelta con mucha suavidad empujó la puerta del aposento.

Pero a medida que se abría la puerta y su mirada penetraba en el cuarto, la mala mujer se ponía más pálida y trémula pues veía una cosa incomprensible. Aunque había tenido la llave en su bolsillo y estaba segura de que no había otra, durante su ausencia había entrado una mujer en el cuarto, y aquella mujer pálida, silenciosa y sombría estaba de pie a la cabecera de Hermann meciendo su cuna, en tanto que sus labios blancos como el mármol murmuraban un cantar que no parecía compuesto de palabras humanas.

Fuese cual quisiere el terror de la nodriza, como se figuró que estaba en presencia de una persona perteneciente lo mismo que ella al mundo de los vivos, dio algunos pasos hacia la extraña desconocida que parecía no verla y que continuaba inmóvil su monótona y terrible modulación.

«¿Quién sois? preguntó la nodriza; ¿de dónde venís, y cómo habéis podido entrar en este cuarto cuya llave tenía yo en mi bolsillo? »

La desconocida extendió solemnemente el brazo y contestó:

En la tumba en que duermo desde hace medio siglo

Los gritos de ese niño vienen a despertarme;

Y de repente siento bajo la fría piedra

Que late un corazón en mi cadáver

Niño infeliz nacido en la desgracia

Sin madre que le ame, con un padre malvado,

Que entregan al oprobio de manos mercenarias,

Que duerme en la tristeza tras de su llanto amargo,

Tú última noche es esta aquí en el mundo,

Pues que mañana cuando raye el alba

Un ángel a mi voz vendrá a buscarte

Y a mí lado estarás, ¡oh, feliz alma!

Y a estas palabras el fantasma de la abuela, pues tal era la aparición, se inclinó sobre la cuna y besó a su nieto con un cariño indecible. El niño se había dormido con la sonrisa en los labios y las mejillas rosadas; mas los primeros rayos de la aurora que atravesaron las vidrieras, le encontraron pálido y frío como un cadáver.

Al otro día le bajaron a la bóveda de la familia y le enterraron al lado de la abuela.

Pero tranquilizaos, niños míos, en la noche siguiente la abuela se levantó otra vez y tomándole en brazos le llevó al rey de los Cobolds, un genio diminuto muy animoso e instruido que habitaba una caverna muy grande debajo del Rin y que quiso encargarse de su educación por recomendación de la condesa Berta.

***Wilbold de Eisenfeld.***

Mucha fue la alegría de la madrastra cuando supo que había muerto el niño heredero de la familia Rosenberg; pero Dios burló sus planes, pues no tuvo hijo ni hija y falleció a los tres años. Waldemar la sobrevivió poco tiempo habiendo muerto también por un accidente de caza, los unos dicen entre los colmillos de un jabalí que había herido y los otros a manos de un aldeano a quien había castigado.

El castillo de Wittsgaw y sus posesiones pasaron entonces a un pariente lejano que se llamaba Wilbold de Eisenfeld, que era peor aún que un ser malvado: era uno de esos hombres poco cuidadosos de su alma, que practican el bien y el mal sin placer y sin odio, que escuchan a todo el mundo y dan la razón al último que oyen. Era valeroso y tenía en mucho a los valientes, pero se dejaba engañar fácilmente con las apariencias del valor, así como también le seducían la inteligencia y la virtud superficiales.

El barón Wilbold entró pues en posesión del castillo del conde Osinondo y de la condesa Berta, trayendo consigo una preciosa niña llamada Hilda que todavía estaba en la cuna. Lo primero que hizo el mayordomo fue poner al corriente a su nuevo señor de las rentas y las cargas inherentes a la propiedad, contando entre las últimas las famosas gachas con miel cuyo uso bien o mal había subsistido hasta entonces.

Ahora bien, como el mayordomo dijo al barón que sus predecesores habían dado la mayor importancia a aquella institución y que él por su parte creía firmemente que el Señor colmaba de bendiciones la antigua costumbre, Wilbold lejos de oponerse dio las órdenes oportunas para que todos los años se celebrase solemnemente la ceremonia el día 1º de mayo.

Trascurrieron así muchos años y en cada uno de ellos el barón regalaba unas gachas tan exquisitas y abundantes que los aldeanos agradecidos a aquella obediencia a lo mandado por la condesa Berta, le perdonaban sus defectos que a la verdad eran muchos y muy notables. Más aún: algunos otros señores, ya por bondad, ya por cálculo, adoptaron el uso del castillo de Wittsgaw y fundaron también para el aniversario de su cumpleaños, el festín de las gachas más o menos azucaradas. Sin embargo, entre estos señores se contaba uno que no sólo protestó contra el ejemplo, sino que trató de impedir que los otros le siguieran; y este hombre amigo íntimo del barón, uno de sus convidados más asiduos y de sus consejeros más influyentes, se llamaba el caballero Hans de Warburg.

### ***El caballero Hans de Warburg.***

Físicamente era una especie de gigante de seis pies dos pulgadas, dotado de una fuerza colosal y armado siempre a la izquierda con un espadón que a cada movimiento le pegaba en la pierna y a la derecha con un puñal que sacaba a cada instante a guisa de acompañamiento a sus palabras.

Moralmente era el hombre más cobarde de la tierra y cuando los gansos de su corral le corrían detrás silbando, él huía como si le persiguiera algún demonio.

Decíamos pues, que no sólo el caballero Hans no había adoptado el uso de las gachas, sino que había impedido se extendiera a las casas de algunos vecinos con quienes tenía alguna influencia. Y no fue todo aún: envalentonado con estas empresas se le antojó que Wilbold renunciara a tan antiguo y respetable uso.

«Mi querido Wilbold, le decía, te tienen por tonto viéndote gastar el dinero en dar de comer a ese tropel de holgazanes que se burlan de ti aun antes de que hayan digerido la comida que les das.

— Querido Hans, respondió Wilbold, puedes creer que muchas veces he pensado en lo que estás diciendo, pues aunque el festín es anual sale tan caro como cincuenta comidas ordinarias. Pero ¿qué quieres? es una fundación a la que atribuyen la felicidad de la casa.

— Esas son tonterías de tu mayordomo, mi querido Wilbold, y se comprende porque lo menos que sisa en cada fiesta es una cantidad de diez escudos de oro, y por consiguiente que siga la broma.

— Y hay más todavía, dijo el barón.

— ¿Qué hay?

— Las amenazas de la condesa.

— ¿Qué condesa?

— La condesa Berta.

— ¿Y tú crees en esos cuentos?

— Tengo que darles fe, porque hay en los archivos ciertos pergaminos...

— ¿De modo que temes a una vieja?

— Mi querido caballero, replicó el barón, yo no temo a ninguna criatura viva, ni a ti ni a nadie; pero confieso que me infunden pavor los seres que no son ni carne ni hueso y que se toman el trabajo de dejar el otro mundo para hacernos una visita.»

Hans se echó a reír.

«¿De modo que en mi lugar tú no temerías nada? añadió el barón.

— Ni Dios ni diablo temo yo, contestó Hans con un ademán soberbio.

— Pues bien, exclamó el barón, en el próximo aniversario que no tardará más de quince días, haré la prueba.»

Pero como en los quince días el barón vio al mayordomo, se arrepintió de su primera resolución que consistía en suprimir las gachas con miel y lo único que hizo fue ordenar en vez de festín una comida muy ordinaria.

Viendo los aldeanos aquella mezquindad que chocaba con la costumbre establecida se quedaron atónitos, pero sin quejarse; pensaron que su señor siempre tan generoso en aquella fiesta tenía aquel año motivos para ser económico.

Mas no fue así entre los seres que lo saben todo y que como es de suponer presidían los destinos de los dueños del castillo de Wittsgaw, pues en la noche que siguió a la menguada fiesta hicieron tal alboroto que nadie pudo dormir en el castillo y todos sus habitantes pasaron la noche abriendo puertas y ventanas para saber quién pegaba golpes en unas y otras, sin que nadie viera nada, ni aun el barón, que acabó por meter la cabeza entre las sábanas, como sin duda hacéis vosotros, niños míos, cuando tenéis miedo en la cama por la noche.

***Hilda.***



Wilbold como toda persona de carácter débil solía obstinarse en ciertas cosas; y luego, debemos decirlo, no era un gran castigo el haber pasado una noche en vela. El caso es que así se economizaba unos mil florines, el negocio no era malo.

Alentado pues por los consejos de Hans y no queriendo tampoco romper de un golpe con aquella religiosa usanza, el 1º de mayo del año siguiente congregó a los aldeanos; pero esta vez se ciñó estrictamente a los términos de la fundación que no decía una palabra sobre el banquete y mandó servir lisa y llanamente unas gachas, sin ningún acompañamiento de carne y de vino, mediando además la particularidad de que los convidados notaron muy bien que las gachas en cuestión estaban menos dulces que las del último año. De modo que, en resumen, el barón Wilbold no sólo había suprimido todos los accesorios del festín, sino que había economizado igualmente una parte considerable de la miel.

Así sucedió que los visitantes nocturnos se enfadaron de veras: en la noche subsiguiente se oyó un espantoso estrépito en toda la casa y al otro día encontraron los vidrios, las arañas y las porcelanas hechos pedazos. El mayordomo ajustó las cuentas causadas por el accidente y resultó una suma igual a la que en tiempos ordinarios gastaban los dueños del castillo para el banquete del 1º de mayo.

El mayordomo comprendió la alusión y no dejó de presentar a Wilbold el singular balance.

Wilbold se puso furioso. Aunque había oído el alboroto que duró toda la noche, no había visto a nadie; pensaba que la condesa que no apareció de nuevo desde que se presentó a mecer al niño Hermann, tenía ahora demasiados años de tumba para salir a paseo y puesto que cada año debía gastar una cantidad fija, se proponía consagrarla a renovar sus muebles y no a dar de comer a los aldeanos. Bajo este concepto el año siguiente ni siquiera hubo gachas; pero suponiendo que la infracción total a las antiguas costumbres pondría fuera de sí a la condesa Berta, salió del castillo el 28 de abril para no volver hasta el 5 de mayo.

Un tropiezo encontró para realizar su funesto propósito. Quince años habían transcurrido ya desde que el barón Wilbold de Eisenfeld había tomado posesión del castillo, y en ese tiempo la bonita niña que vimos en la cuna había crecido y era ahora una preciosa joven, piadosa, afable y compasiva que encerrada siempre en su cuarto, había contraído gracias a sus costumbres solitarias una especie de suave melancolía, expresión que se armonizaba perfectamente con la candidez de su rostro y con su dulce nombre de Hilda. No había más que verla paseándose de día por el jardín escuchando el canto de los pajarillos que parecía comprender o por la noche sentada a la ventana, observando la luna al través de las nubes que a veces la oscurecían, como si conversara con ella, para que los corazones más rebeldes comprendieran que la podían amar un día, en tanto que los más sensibles sentían que ya la amaban.

Ahora bien, cuando supo Hilda que su padre estaba resuelto a suprimir aquel año las gachas con miel, le hizo respetuosamente las observaciones que se la ocurrieron; pero ni su dulce voz ni su suplicante mirada ablandaron el corazón del barón empedernido por los malos consejos de su amigo Hans.

Wilbold salió del castillo el día prefijado habiendo declarado a su mayordomo que la necia costumbre de regalar gachas con miel había durado ya sobrado tiempo y que desde el 1º de mayo próximo la suprimía, no sólo porque era onerosa para él, sino de mal ejemplo para sus vecinos.

Viendo la joven Hilda que no lograba nada, recurrió a todos sus ahorrillos y como importaban justamente la suma que habría debido gastar el barón, tomó a pie el camino de las aldeas dependientes de la baronía diciendo que su padre obligado a ausentarse no podía dar aquel año las gachas con miel; pero que la había encargado a ella que repartiera la cantidad consagrada al festín anual entre los pobres, los enfermos y los ancianos.

Los aldeanos la creyeron o fingieron que la creían; y como el último convite no les había dejado los más gratos recuerdos, se alegraron al recibir una buena limosna en cambio de unas malas gachas y bendijeron la mano por medio de la cual el barón les hacía aquel beneficio.

Sólo los espíritus del castillo que no podían ser engañados por nadie, no se quedaron contentos con la piadosa mentira de la hermosa Hilda.

### *La mano de fuego.*

El 5 de mayo estaba de vuelta el barón, y lo primero que hizo fue preguntar si había pasado algo en su ausencia; no había pasado nada, sus vasallos no se quejaron, los espíritus no metieron ruido y de aquí sacó en conclusión que los había cansado y estaba libre de ellos para siempre. Muy tranquilo pues, abrazó a su hija, dio sus órdenes para el día siguiente y se fue a la cama.

Mas apenas estaba en el lecho estalló en el castillo y en sus alrededores un alboroto como jamás había podido oírse. Por fuera del edificio aullaban los perros, chillaban las lechuzas, arrullaban los búhos, mallaban los gatos, retumbaba el trueno; en tanto que en el interior arrastraban cadenas, rompían muebles, tiraban pedradas, formando todo esto un ruido de tal naturaleza que parecía que todas las brujas de la comarca congregadas a alguna gran reunión infernal, habían cambiado el lugar ordinario de sus reuniones y en vez de juntarse en el Broken como de costumbre, habían elegido el castillo de Wittsgaw.

A medianoche cesó todo el ruido y hubo un silencio tal que se pudieron oír todas las campanadas de las doce. Cuando dio la última, Wilbold un tanto más tranquilo sacó su cabeza de debajo de las sábanas para echar una mirada en su derredor. De repente se le erizó el cabello y un sudor helado como por su rostro porque salía de la pared enfrente de su cama una mano de fuego y con la punta del dedo como con una pluma trazaba en el muro sombrío del cuarto estas palabras:

«Barón de Wilbold, tienes siete días para cumplir el voto de la condesa Berta; y si no le cumples en esto plazo el castillo de Wittsgaw se escapará de tus manos para siempre.»

Desapareció la mano; y luego se fueron borrando unas tras otras aquellas letras por el orden con que habían sido trazadas, hasta que por fin borrada la última, el aposento que un instante se alumbró con las palabras de fuego, volvió a quedar sumergido en la oscuridad más profunda.

El día siguiente todos los criados del barón, grandes y pequeños, se presentaron a despedirse declarándole que no querían permanecer más tiempo en el castillo. El barón que en el fondo deseaba tanto como ellos huir de aquella morada, les contestó que no queriéndose separar de tan buenos servidores, tomaba la determinación de trasladarse a otra parte dejando el castillo de Wittsgaw a los espíritus que parecían allí ser los amos.

Y el mismo día, no obstante las lágrimas de Hilda abandonaron todos la vivienda para

instalarse en el castillo de Eisenfeld que pertenecía al barón por herencia materna y que distaba una media jornada de Wittsgaw.

### ***El caballero Toraldo.***

Dos noticias circulaban a la sazón que metían mucho ruido en las posesiones de Rosemberg: la primera era la salida del barón Wilbold de Eisenfeld y la segunda la llegada del caballero Toraldo.

Era este caballero un guapo mozo de unos veinte y dos años que, aunque joven, todavía había ya visitado las principales cortes de Europa donde cobró mucha fama de urbanidad y de denuedo.

Efectivamente, no se podía encontrar un caballero como él y se contaban sobre su educación cosas prodigiosas: decían que siendo muy niño le confiaron al rey de los Enanos príncipe muy sabio en todo y por todo que se propuso hacer de él un modelo de perfecciones. Le enseñó pues a leer los manuscritos más antiguos, a hablar todas las lenguas vivas y aun las muertas, a pintar y a tocar el laúd; le dio lecciones de canto, de equitación, de armas y de torneos; y en fin, cuando cumplió los diez y ocho años y le vio tan adelantado en todas las cosas, le regaló el famoso caballo Bucéfalo que no se cansaba nunca; la famosa lanza del caballero Astolfo que desmontaba a cuantos jinetes podía tocar con su punta de diamante y la famosa espada Durandal que atravesaba como un papel las armaduras más resistentes. Y a estos regalos que eran ya preciosísimos añadió otro más notable aún, el de un bolsillo que contenía veinte y cinco escudos de oro.

Con tales antecedentes no hay para qué decir si causarían sensación la llegada del caballero a la comarca; pero es el caso que en cuanto hubo atravesado la aldea de Rosemberg, montado en su buen caballo armado con su buena lanza y ceñida al cinturón su buena espada, desapareció como el humo.

El misterio aumentó en aquellos contornos la curiosidad que despertaba su persona.

Unos decían que se le había visto por la noche al frente del castillo de Wittsgaw columpiándose en una barca que no obstante la rápida corriente del Rin se mantenía inmóvil como sujeta con un ancla; otros que aparecía con un laúd en la mano en la punta de un alto peñón que se elevaba delante de las ventanas de Hilda, y que hasta entonces sólo había sido accesible a los gerifaltes, los halcones y las águilas; pero todo esto eran rumores vagos y nadie podía decir positivamente que había visto al caballero Toraldo desde el día en que bien armado y a caballo atravesó la aldea de Rosemberg.

### ***Los conjuradores de espíritus.***

Sabemos ya, niños míos, que la mano de fuego dio al barón de Wilbold siete días para arrepentirse; mas el barón guiado siempre por los pérfidos consejos del caballero Hans, estaba bien resuelto a persistir en lo dicho y para afirmarse en su resolución quiso pasar los tres últimos días en grandes fiestas, para lo cual tenía un buen pretexto, el cumpleaños de Hilda que había nacido justamente el 8 del mes de las rosas.

Diremos también que el caballero Hans tenía ahora un motivo para presentarse con más

frecuencia que nunca en el castillo del barón de Wilbold y era que se había enamorado locamente de la bella Hilda, sin que le detuviera su edad de cuarenta y cinco años por lo menos, tres veces la de la joven, para confiar a su amigo sus proyectos de alianza.

Jamás había comprendido el barón las delicadezas de sentimiento en que ordinariamente fundan las jóvenes sus sueños de tristeza o de alegría, de dolor o de felicidad; se casó sin amor y esto no impidió que fuera feliz en el matrimonio, porque la condesa era una santa. No pensó pues que Hilda necesitara amar a su marido para ser dichosa con él; y a estas reflexiones se añadieron la mucha admiración que le merecía el valor de Hans, su riqueza, por lo menos igual a la que él tenía, y por último la costumbre de ver en su mesa al jovial y locuaz caballero que le divertía muchísimo con sus eternos cuentos de combates, torneos y duelos en los que se portaba siempre como un héroe.

No dijo que sí ni que no al caballero; pero sin embargo, le dejó comprender que le permitía hacer la corte a Hilda y conquistarla, empresa que probablemente no sería difícil para tan galante y entendido personaje.

Desde aquel instante el caballero Hans prodigó las lisonjas y las atenciones a la graciosa dama de sus pensamientos, quien recibió aquellas demostraciones de afecto con su reserva y modestia de costumbre y como si ignorase completamente las intenciones de Hans.

El quinto día después de la aparición de la mano de fuego, era pues el cumpleaños de Hilda y según el plan de los tres días de fiestas para celebrarlo, el barón Wilbold convidó a todos sus amigos a un gran festín, sin que olvidara, como es de suponer, en sus convites a su inseparable compañero Hans de Warburg.

Reunido ya todo el mundo, entraban en el comedor a tomar asiento en derredor de la mesa cuando se oyó un toque de trompa y entró el mayordomo a decir que acababa de presentarse a la puerta del castillo de Eisenfeld un caballero pidiendo hospitalidad.

«¡Pardiez! exclamó el barón, es un caballero de buen olfato. Bien venido sea, le esperamos para sentarnos.»

Cinco minutos después entró el caballero.

Era un hermoso joven de unos veinte y dos años, de cabellera negra y ojos azules, con una desenvoltura propia del que en sus viajes tiene costumbre de ser recibido por los más encumbrados señores.

Su notable apostura llamó la atención a todos los convidados y el barón de Wilbold orgulloso con su huésped le ofreció su propio asiento; mas el desconocido declinó el honor y después de haber contestado al barón Wilbold con la mayor cortesía, tomó en la mesa uno de los puestos secundarios.

Nadie conocía al caballero y todos le estudiaban con curiosidad. Únicamente Hilda tenía sus ojos bajos y el que la hubiese observado en el momento en que el caballero asomó por el umbral de la puerta, habría podido ver que se sonrojaba.

Tan suntuosa como alegre fue la comida: los vinos corrieron abundantemente. El barón Wilbold y Hans se distinguieron por la cortesía con que a menudo brindaban.

Era difícil que se acabara aquella comida sin que se hablase de las apariciones del castillo de Wittsgaw.

El caballero Hans se burló del terror que inspiraban al barón aquellas apariciones, terror que él confesaba con toda la franqueza de un hombre animoso.

«¡Pardiez! querido caballero, exclamó el barón, yo habría querido veros en mi lugar cuando la espantosa mano de fuego escribió en la pared las famosas palabras que tengo bien presentes en mi memoria.

— ¡Ilusiones! dijo Hans; sueños vanos, yo no creo en fantasmas.

— No creéis porque no habéis visto ninguno todavía; ¿qué diríais si vierais alguno?

— Le conjuraría, contestó Hans dando un fuerte golpe en su espada, para que no volviera jamás a mi presencia; y no volvería.

— ¿Queréis hacer una prueba? dijo el barón Wilbold.

— ¿Cuál es?

— Conjura el espíritu de la condesa Berta para que no vuelva nunca al castillo de Wittsgaw y pídemelo lo que quieras por eso.

— ¿Lo que quiera?

— Sí respondió el barón.

— Ten cuidado, respondió riendo el caballero.

— Conjura el espíritu de la condesa Berta y pide francamente.

— ¿Y me concederás lo que pida, sea lo que fuere?

— A fe de caballero.

— ¿Aunque sea la mano de la hermosa Hilda?

— Aunque sea la mano de mi hija.

— ¡Padre mío! exclamó la joven con un acento de suave protesta.

— Querida Hilda, repuso el barón un poco caliente de cascos por las copas de tokai y de braunberger que había absorbido, lo dicho, dicho está. Caballero Hans, mi palabra es sagrada: conjura el espíritu de la condesa Berta y es tuya la mano de mi hija.

— ¿Y concederíais la misma recompensa, señor barón, preguntó el joven desconocido, al que cumpla vuestro deseo después que haya fracasado el caballero Hans?

— ¿Cómo es eso? exclamó Hans; ¿suponéis que yo fracasaré?

— No lo supongo, caballero, respondió el desconocido con un acento de voz tan suave que parecía que salían sus palabras de una boca de mujer.

— ¿Es decir que lo aseguráis, señor desconocido? —exclamó el caballero ahuecando la voz, pareceme que vuestras palabras no están desprovistas de insolencia.

— En todo caso la pregunta que dirijo al señor barón Wilbold de Eisenfeld no puede perjudicar en nada vuestros proyectos matrimoniales, señor caballero, puesto que el otro no entrará en campaña sino cuando vos hayáis fracasado.

— ¿Y quién es ese otro que llevará adelante la empresa en que haya fracasado el caballero Hans?

— ¡Yo! dijo el desconocido.

— Mi querido huésped, exclamó entonces el barón, para que acepte yo vuestro honroso ofrecimiento, necesito ante todo saber quién sois.

— Soy el caballero Toraldo, respondió el joven. Este nombre había circulado en la comarca con tales elogios que al oírle todos los convidados se levantaron para saludar al

que acababa de darse a conocer, y aun el mismo Wilbold se creyó en el caso de hacer un cumplido muy cortés al joven.

«Caballero, dijo, por joven que seáis tenéis tal nombradía que una alianza con vos sería una honra para las primeras casas. Pero hace veinte años que conozco al caballero Hans, en tanto que a vos tengo el honor de veros ahora por la primera vez. En todo caso, no podría pues aceptar vuestro ofrecimiento sino después de haberle sometido a la aprobación de mi hija.»

Hilda se puso encarnada como una cereza.

«Siempre, me he prometido yo, contestó Toraldo, que no me casaría sino con una mujer de cuyo amor estuviese seguro. »

Desde que Toraldo se nombró, Hans se quedó sumergida en el más profundo silencio.

«En fin, caballero, dijo el barón, puesto que sometéis el asunto a la aprobación de mi hija, y ya que consentís en que mi amigo Hans haga la primera prueba, reservando yo el examen que me corresponde de vuestra familia, no veo por qué no os daría a vos la misma palabra que a él.

— Mi familia está al nivel de las primeras de Alemania, señor barón; y hay más todavía, añadió sonriendo el caballero Toraldo; no sospecháis sin duda que tenemos algún parentesco.

— ¡Parentesco entre nosotros! exclamó Wilbold con sorpresa.

— Sí señor, respondió Toraldo; más tarde hablaremos de ello. Por ahora lo urgente es conjurar el espíritu de la condesa Berta.

— Con efecto, dijo Wilbold, no hay nada más urgente.

— Pues bien, repuso Toraldo, que el caballero Hans haga la prueba esta noche y yo la haré veinte y cuatro horas después.

— ¡Pardiez! exclamó Wilbold, tenéis un pico de oro; así me gusta a mí que se lleven las cosas. Caballero Toraldo, sois un valiente joven, venga vuestra mano. »

Y Wilbold tendió una mano al caballero que éste estrechó inclinándose.

Hans continuaba sumido en el silencio. Wilbold se volvió a él y notó con sorpresa que estaba muy pálido.

«Compañero Hans, le dijo, me parece que la proposición debe agradarte y ya que hace un momento tenías tanta prisa por encontrarte delante de los espíritus, debes dar gracias al caballero Toraldo porque te proporciona la ocasión de que sea esta misma noche.

— Sí por cierto, contestó el caballero; mas pienso que será inútil y que perderé el tiempo pues no parecerán los espíritus.

— Os engañáis, caballero Hans, acudirán los espíritus», respondió Toraldo con el tono de un hombre que está bien seguro de lo que dice.

Hans se puso lívido.

«Pero en suma, prosiguió Toraldo, si queréis cederme el turno, caballero Hans, aceptaré agradecido y arrostraré el primer peligro de encontrarme con los fantasmas, que quizá en la segunda prueba serán menos terribles.

— A fe mía, caballero, dijo Hans, me es indiferente uno u otro turno, y si formáis empeño en ir antes...

— No, no, interrumpió Wilbold, que sigan las cosas como se han convenido. Cada cual a su vez, señores, Hans esta noche y mañana el caballero Toraldo; por consiguiente...»

Llenó su copa, se levantó y añadió:

«Brindo a la salud de los conjuradores de espíritus.»

Todos callaron como accediendo a lo dicho por el barón; pero este observó con gran sorpresa que la mano del caballero Hans temblaba cuando se llevó el vaso a la boca.

«Está bien, dijo Wilbold, al fin de la comida marcharemos.»

El pobre caballero Hans estaba cogido como un ratón en la ratonera.

En un principio cuando se comprometió en la empresa creyó que saldría adelante con alguna de sus fanfarronadas de costumbre: proponíase fingir que entraba en el castillo y pasar la noche en las inmediaciones, después de lo cual contaría al día siguiente el terrible combate que había tenido con los espíritus. Pero este plan fracasaba: gracias al desafío del caballero Toraldo la cosa tomaba un carácter de gravedad que indicaba a Hans que no le perderían de vista. Con efecto, concluido el festín se levantó el barón Wilbold anunciando que él mismo acompañaría al caballero Hans y que para evitar reclamaciones de superchería, le encerraría con llave en su dormitorio y pondría su sello en la puerta.

No había modo de retroceder. Lo único que hizo Hans fue pedir permiso para revestir su coraza y su casco a fin de resistir al enemigo si es que se presentaba, permiso que le concedieron sin dificultad ninguna.

Hans se fue a su casa, se armó de punta en blanco y luego se encaminó hacia el desierto castillo de Wittsgaw.

Componíase la cabalgata del barón Wilbold de Eisenfeld, del caballero Hans, del caballero Toraldo y de tres o cuatro convidados más, que interesados en el suceso fuere cual quisiere su resultado, debían pasar la noche en una granja perteneciente al barón de Wilbold y situada a media legua del castillo, en donde esperarían noticias de lo ocurrido.

Llegaron a Wittsgaw a eso de las nueve de la noche, momento propicio para los preparativos de la empresa.

Hans para sus adentros estaba inquieto; pero hacia de tripas corazón y aparentemente se mostraba firme. Todo en el castillo estaba sumido en la más profunda oscuridad y como no turbaba el silencio el menor ruido, el mismo castillo parecía un espectro.

Entraron en el vestíbulo vacío, atravesaron las inmensas salas colgadas de tapicerías sombrías y los interminables corredores y por fin se abrió la puerta fatal del dormitorio, tan frío y tan silencioso como todas las demás piezas.

Hicieron lumbre en la chimenea, encendieron la araña y los candelabros, y después de dar las buenas noches al caballero Hans, el barón Wilbold cerró la puerta con llave, y puso encima los sellos con sus blasones sobre una tira de papel.

Repitieron todos el saludo al preso y se fueron a pasar la noche en la granja.

Así que se vio solo Hans pensó en saltar por la ventana; pero no había modo pues se habría arrojado a un precipicio que la oscuridad de la noche hacia parecer más profundo todavía.

Examinó las paredes y sus golpes despidieron por todas partes un sonido mate y sordo, lo cual quería decir que no había por allí ninguna puertecilla falsa.

No tuvo más remedio que quedarse en el dormitorio. El caballero Hans palpó todas las

piezas de su armadura para cerciorarse de su solidez, se ajustó bien la espada, probó la punta del puñal, se caló la visera de su casco, y satisfecho con el examen se sentó en un gran sillón que había enfrente de la chimenea.

Entretanto pasaban las horas sin que sucediera nada y el caballero Hans comenzaba a tranquilizarse. Desde luego reflexionó que si en la pared no existía ninguna puerta oculta, estando cerrada la puerta principal, tan dificultosa sería la entrada allí para los duendes como para él la salida. Ciertamente es que según había oído decir, a los duendes les importaban poco las puertas y pasaban con facilidad al través de las paredes y de los agujeros de las cerraduras; pero al cabo y al fin, él tenía esa seguridad.

En honor del caballero Hans debemos decir que empezaba a dormirse cuando le pareció oír un gran ruido en el cañón de la chimenea, por lo cual arrojó al momento un haz de leña, con el fin de que se quemaran los duendes las piernas si pensaban tomar aquella vía.

Con efecto, al punto se hizo llama que subía por la placa chisporroteando; mas en esto el caballero Hans vio salir por la chimenea la punta de una tabla como de un pie de ancha que se alargaba sin que se pudiese distinguir quién la daba movimiento. La tabla bajaba con lentitud al sesgo y cuando llegó al suelo se quedó puesta como una especie de puente encima de la llama. En el mismo instante comenzaron a deslizarse por el puente como si fuera una montaña rusa, una multitud de enanitos guiados por su rey, armado de punta en blanco como el caballero Hans y que parecía llevarlos a alguna batalla.

Conforme iban bajando, Hans retrocedía en su sillón de ruedas por manera que cuando el rey y su ejército se encontraron formados en línea delante de la chimenea, Hans había llegado al otro extremo del cuarto, pegado a la pared y habiendo dejado entre él y los enanos, una gran distancia.

Entonces el rey, después de haber conferenciado en voz baja con sus oficiales generales, se adelantó solo en el espacio libre y dijo con tono irónico: «Caballero Hans, muchas veces he oído ponderar tu bizarría, aunque a la verdad siempre ha sido por tu propia boca; pero como un buen caballero no puede mentir, me he convencido de que eres valiente. Por tanto se me ha ocurrido desafiarte en combate singular y habiendo sabido tu valeroso ofrecimiento al barón Wilbold de conjurar al espíritu que viene a su castillo, he obtenido del espíritu, muy amigo mío, que me ceda su puesto por esta noche. Si sales vencedor, el espíritu, por mi voz se compromete a abandonar el castillo para siempre, mas si salieres vencido confesarás con toda franqueza tu derrota y cederás la plaza al caballero Toraldo que sin duda alguna yo venceré fácilmente pues nunca le he oído ponderar sus proezas. No dudo que aceptarás el desafío: ahí va mi guante.»

Y habiendo hablado así el rey de los enanos arrojó valerosamente su guante a los pies del caballero.

Mientras el reyezuelo pronunciaba su discurso con una vocecita tan aguda como clara, el caballero Hans le miraba atentamente y habiendo observado que no tenía más de seis pulgadas y media de altura comenzaba a tranquilizarse, pues no le parecía muy de temer semejante adversario, de modo que recogió el guante con cierta confianza y se le puso en la punta del dedo meñique para examinarle a su gusto.

Era un guante largo hecho de piel de rata almizclada, en el que se veían cosidas muy hábilmente unas escamitas de acero.

El rey de los enanos dejó tiempo al caballero para que examinara el guante, y dijo por fin después de una pausa: «Caballero, espero tu respuesta: ¿aceptas o no el desafío?»



El caballero Hans echó otra ojeada al caballero que se presentaba a combatir con una estatura que no le llegaba a él a la mitad de la pierna, y tranquilizado con su pequeñez, dijo:

«¿Y cómo nos batiremos, hombrecito?

— Cada cual con nuestras armas, tú con tu espada y yo con mi látigo.

— ¿Qué es eso de látigo?

— No tengo otra arma; como soy tan diminuto quiero alcanzar lejos.»

Hans se echó a reír.

«¿Os batiréis conmigo con vuestro látigo? ¿Es posible?

— Sí por cierto; os acabo de manifestar que mi arma es el látigo.

— ¿Y no sacareis otra?

— No.

— ¿Os comprometéis a ello?

— A fuer de caballero y de rey.

— Pues en ese caso, dijo Hans, acepto el combate.» Y arrojó su guante a los pies del rey.

«Está bien, dijo el jefe de los enanos dando un salto hacia atrás para que no le aplastaran. ¡Tocad, trompeteros!»

Doce trompeteros que se habían subido en un banquillo entonaron una tocata belicosa y entre tanto pusieron en manos del rey el arma de combate.

Era un latiguillo que tenía por mango una esmeralda. Del mango salían cinco cadenas de acero de tres pies de largo y en cuyas puntas brillaban diamantes del grueso de un guisante; salvo el valor de la materia parecía el arma del rey unas disciplinas.

El caballero Hans muy confiado en su fuerza, sacaba la espada.

«Cuando gustéis, dijo el rey al caballero.

— A vuestras órdenes, señor, contestó Hans.»

Los trompeteros lanzaron otra tocata más belicosa que la primera y comenzó el combate.

Pero a los primeros golpes que recibió hubo de comprender el caballero que había hecho mal en menospreciar el arma de su adversario. A pesar de su coraza sentía los latigazos como si estuviese desnudo, pues allí donde pegaban los cinco diamantes hundían el hierro como si hubiese sido cera. Hans, en vez de defenderse, gritaba, aullaba, corría alrededor del cuarto, saltaba sobre los muebles y la cama perseguido sin cesar por el implacable látigo del rey de los enanos, en tanto que la tocata guerrera de los trompeteros identificándose con la circunstancia, cambiaba de compás y se transformaba en galop.

Era el mismo baile que el gran compositor Auber descubrió y aprovechó, sin decir nada a nadie, en el acto quinto de su ópera *Gustavo*.

Al cabo de cinco minutos de tan violento ejercicio el caballero Hans cayó de rodillas pidiendo gracia.

Entonces el rey de los enanos entregó el látigo a su escudero, y tomando su cetro dijo:

«Caballero Hans, eres una mujerzuela nada más y lo que te conviene es la rueca, no la espada.»

Y habiendo hablado así le tocó con su cetro. Hans sintió que su persona sufría una metamorfosis; los enanos soltaron la carcajada y todo desapareció como una visión.

### ***El caballero de la rueca.***

Hans miró en su derredor y se encontró solo.

Luego se miró a sí mismo y se quedó estupefacto.

Se vio vestido de vieja, su coraza era un cuerpo de muletón rayado con zagalejo, su casco una gorra blanca, su espada una rueca, y su puñal un huso.

Sin duda os figurareis, niños míos, lo grotesco que estaba el caballero Hans con aquella vestidura, cuando conservaba su barba y sus bigotes.

El gesto que hizo fue atroz y con el gesto se puso todavía más horroroso; pero se le ocurrió la idea de desnudarse y acostarse, de cuyo modo no quedaría señal ninguna de lo que había pasado. Tiró pues la rueca encima del sillón, y quiso desatarse la gorra; más he aquí que inmediatamente la rueca saltó del sillón a darle tales golpes en los dedos que preciso le fue hacer frente a este nuevo y singular adversario.

Sin embargo, su defensa no era fácil: la rueca se las gobernaba tan bien que al cabo de un instante el caballero hubo de meterse las manos en los bolsillos para evitar los golpes.

Entonces la rueca tomó sosegadamente el puesto que la correspondía y Hans respiró un instante, y pudo examinar a su enemigo.

Era una hermosa rueca parecida a todas las que hay en el mundo, con la sola diferencia que a su remate superior tenía una cabecita sardónica que sacaba la lengua como para burlarse del caballero.

Hans se sonrió con sonrisa forzada, se acercó a la chimenea, y de repente asió a la rueca por la mitad y la arrojó a la lumbre.

Mas la maldita salió fuera ardiendo y echó a correr por el cuarto detrás de Hans que esta vez tuvo que pedir perdón pues las quemaduras le eran insoportables.

Al punto se apagó la llama y la rueca se fue a su lugar correspondiente en el cuerpo del caballero.

Muy grave era la situación: comenzaba a ser de día y no tardarían en presentarse el barón Wilbold, el caballero Toraldo y sus amigos. Hans se devanaba los sesos para desembarazarse de la rueca cuando se le ocurrió tirarla por la ventana.

Se acercó pues, como distraído para que no sospechase nada la rueca, y abriendo los postigos para respirar el aire fresco asió de repente a su adversario, la arrojó al precipicio y volvió a cerrar la ventana. Ahora bien, de repente oyó él ruido de un vidrio roto y miró a la otra ventana: la rueca arrojada por una parte había entrado por otra.

Mas sucedió que con las dos traiciones volvía furiosa, tanto que se lanzó sobre Hans y le dio tales cabezadas que le molió el cuerpo. Hans aullaba.

No pudiendo resistir más cayó aniquilado en el sillón, la rueca se compadeció de él y volvió a ocupar su lugar correspondiente.

Entonces pensó el caballero que quizás desarmaría las iras de su enemiga haciendo algo por ella y se puso a hilar.

Con efecto, la rueca pareció muy satisfecha: se animó su cabecita, guiñó los ojos de placer y acabó por murmurar una cancioncilla.

En aquel instante oyó ruido Hans en el corredor y quiso dejar de hilar; pero la rueca se enfadó y le sacudió tan fuerte en los dedos que tuvo que continuar su tarea.

Los pasos se acercaron y se detuvieron delante de la puerta: Hans estaba furioso de que le sorprendieran con aquel vestido y en semejante ocupación; pero no podía evitarlo.

La puerta se abrió pues y el barón Wilbold, el caballero Toraldo y los tres o cuatro amigos que les acompañaban se quedaron estupefactos ante el espectáculo que tenían a la vista.

Hans a quien habían dejado cubierto con una armadura de caballero, se ofrecía a sus ojos como una anciana con una rueca y un huso.

Todos soltaron la carcajada y Hans no sabía en dónde esconderse.

«¡Pardiez! exclamó el barón Wilbold, no cabe duda que los duendes que te han venido a visitar estaban de broma, compañero, y nos vas a contar todo lo sucedido.

— Vais a saberlo, respondió Hans que pensaba salir del paso con una cuchufleta; vais a saberlo: es una apuesta.»

Pero en aquel momento la rueca que veía la mentira, le dio tan tremendo golpe en las uñas, que soltó un grito.

«¡Rueca maldita!» murmuró, y después prosiguió diciendo: «Es una apuesta que he hecho; pensando que el duende era mujer juzgué inútil esperarle con otras armas que una rueca y un huso.»

Mas en este punto, y a pesar de las miradas suplicantes que Hans lanzaba a la rueca, esta repitió sus golpes en los dedos de Hans con tal furor que Wilbold le dijo:

«Compañero Hans, conozco que mientes y por esa razón te sacude la rueca. Si nos dices la verdad, de seguro que cesarán los golpes.»

Y como si la rueca hubiese comprendido lo que acababa de decir el barón, le hizo una gran reverencia acompañada de un movimiento de cabeza el cual significaba que así sucedería.

Preciso fue que refiriese el caballero circunstanciadamente todo lo ocurrido. De tiempo en tiempo se inclinaba a separarse de la verdad para trazar algún episodio en favor de su denuedo; mas entonces la rueca que se mantenía inmóvil cuando no mentía, le daba los golpes de ordenanza con tal fuerza que al instante mismo tenía que volver al sendero de la verdad del que se había apartado momentáneamente.

Una vez concluida la relación, la rueca hizo una reverencia irónica al caballero Hans y un saludo muy cortés a los presentes, después de lo cual se dirigió a la puerta saltando sobre su cola y llevándose al huso que la seguía como una criatura sigue a su madre.

Cuando vio Hans que había desaparecido la maldita rueca, huyó por la misma puerta, y silbado por los muchachos que le tomaron por una máscara se fue a esconder en su castillo.

### ***El tesoro.***

Tocábale el turno al caballero Toraldo en la noche siguiente, y en efecto, se preparó a la empresa nocturna con humildad y recogimiento, lejos de hacer alardes como Hans de fanfarronada y ligereza.

Lo mismo que al caballero Hans le llevaron al cuarto y le encerraron, poniendo los sellos en la cerradura; pero Toraldo no se armó diciéndose que los espíritus vienen de Dios y toda resistencia humana contra ellos es inútil.

Así pues, en cuanto se vio solo, hizo devotamente su oración y sentado en el sillón esperó a que apareciera el espíritu.

Algunas horas había esperado ya con los ojos fijos hacia la puerta y sin descubrir nada extraordinario, cuando de repente oyó a su espalda un leve ruido y sintió que le tocaban en el hombro.

Se volvió: era la sombra de la condesa Berta.

El joven lejos de asustarse se sonrió como si viera a una antigua amiga.

«Toraldo, le dijo, eres lo que me prometí un joven valiente, bueno y piadoso; quiero que tengas la recompensa que mereces.»

Le hizo señal de que la siguiera, dio algunos pasos hacia la pared y habiéndola tocado con el dedo, la pared se abrió y descubrió un gran tesoro que el conde Osmondo había ocultado allí una vez que salió para la guerra.

«Hijo mio, tuyo es ese tesoro, exclamó la condesa; y para que nadie te le dispute sólo tú podrás abrir la pared lo que conseguirás pronunciando el nombre de tu amada Hilda.»

Seguidamente la pared se volvió a cerrar tan bien que era imposible ver la soldadura.

La sombra dirigió al caballero una sonrisa a guisa de despedida y desapareció como un vapor que se disuelve.

En la otra mañana Wilbold y sus compañeros entraron en el cuarto y encontraron al caballero Toraldo apaciblemente dormido en el sillón.

El barón despertó al joven que abrió los ojos sonriéndose.

«Amigo Toraldo, exclamó Wilbold, he tenido un sueño esta noche.

— ¿Qué habéis soñado? preguntó Toraldo.

— Que no te llamabas Toraldo sino Hermann; que eras el nieto del conde Osmondo a quien se ha creído muerto y que tu abuela Berta se te había aparecido esta noche para descubrirte un tesoro.»

Toraldo comprendió que aquel sueño era una revelación celeste para que el barón Wilbold de Eisenfeld no conservara ninguna duda.

Levantóse pues sin contestar y haciendo señal al barón para que le siguiera, se paró delante de la pared y dijo:

«No os ha engañado vuestro sueño, barón Wilbold; soy efectivamente el Hermann a quien creían difunto. Mi abuela Berta se me ha aparecido esta noche para descubrirme el tesoro: ahí le tenéis.»

Y habiendo hablado así, Hermann, pues con efecto, era el pobre niño que la condesa Berta sacó de su tumba y confió al rey de los enanos, Hermann pronunció el nombre de Hilda y se abrió la pared realizándose la promesa del fantasma.

Wilbold se quedó deslumbrado ante aquel tesoro que se componía no sólo de oro

acuñado, sino de rubíes, diamantes y esmeraldas.

«Me convenzo de que has dicho la verdad, primo Hermann, exclamó Wilbold; el castillo de Wittsgaw y mi hija te pertenecen; pero con una condición.

— ¿Cuál es? preguntó Hermann con ansiedad.

— Que el 1º de mayo de cada año te encargarás de dar a los aldeanos de Rosemberg y de las inmediaciones las gachas de la condesa Berta.»

Hermann como es de suponer, aceptó la condición con muchísimo gusto.

### ***Conclusión.***

Ocho días después se casaba Hermann de Rosemberg con Hilda de Eisenfeld; y mientras existió el castillo, sus descendientes no se olvidaron nunca el 1º de mayo de dar generosamente a los habitantes de Rosemberg y de las cercanías las gachas de la condesa Berta.

***FIN***